

tía de la paz de Europa y como teatro obligado de los combates internacionales. Sólo quedaba fuerte y brava en el Occidente, la nación que mejor y más rápidamente se había concentrado, Francia. Inglaterra pasaba por una tremenda crisis interior. 4. Con la concentración tendieron á desaparecer en Francia, los privilegios colectivos ó individuales, bajo la mano férrea de Richelieu; de resultas de esta nivelación, la monarquía apareció gigantesca en comparación de las clases; naturalmente el dueño de poder tamaño, creía que todo era suyo, que era el propietario de una nación; esto quería decir entonces *ser soberano*. Si el monarca era un ambicioso de gloria y un hombre de orgullo, el absolutismo tomaría necesariamente la forma de una tiranía ilimitada en el interior, de un aparato de guerra y conquista en el exterior. Así sucedió bajo el reinado de Luis XIV; todas las manifestaciones de la vida nacional parecieron un apéndice perfectamente organizado de la corte, sistema planetario que giraba en torno del Rey-Sol. En el exterior todo fué triunfo y la índole del pueblo francés lo obligaba á sacrificar la libertad á la gloria; tal ha sido uno de los fatalismos de su historia. 5. Mas después de la crisis, el pueblo inglés organizó su libertad parlamentaria á expensas de la igualdad que todo lo sometía á un rey en Francia, y la libertad lo hizo suficientemente vigoroso para ponerse á la cabeza de la desequilibrada Europa y lograr limitar y rechazar el impulso conquistador de Francia. Arrancado entonces al absolutismo el manto de gloria, aparece en toda su realidad, como una complicada maquinaria de opresión y de agotamiento, y el sistema queda condenado á muerte en la conciencia del pueblo. 6. A pesar de esta sangrienta tragedia, las nacionalidades habían gastado buena parte de su recién condenada energía, en producir admirables literaturas y escuelas de arte en España, Inglaterra, los Países Bajos y Francia por último. Y estas muestras de potencia nacional habían sido tan vastas que el mismo siglo que vió su apogeo vió el principio de largas decadencias que exigían un porvenir renovador. 7. Sólo un elemento superior había encontrado, con el método, el secreto de no decaer jamás y de dominar normalmente con su progreso al del mundo moderno: la ciencia; en el siglo XVII llegó en su evolución á constituir la astronomía y la física, dos miembros de su serie fundamental.

EL SIGLO XVIII.

(1715-1789).

Subdivisiones: La Regencia y Alberoni.—Rusia, potencia europea.—Prusia y Austria.—Los Borbones.—Inglaterra y su imperio colonial.—El Antiguo Régimen.

LA REGENCIA Y ALBERONI.

1. La herencia de Luis XIV.—2. El primer Borbón de España y el gran designio de Alberoni.—3. Bancarrota de la Regencia.—4. El nuevo reinado.

1. Luis XIV vió, en su vejez, á su familia segada por la muerte; era su heredero único un niño, su biznieta, que fué Luis XV. El Parlamento, tan odiado de la nobleza de sangre, porque en él habían absorbido los legistas todas las facultades que antes tenían los magnates siempre ausentes (v. la expresión vehemente y cómica de este odio en las Memorias de St. Simón), el Parlamento, desarmado por Luis XIV de los que él llamaba sus derechos, tomó su desquite á la muerte del tirano, anuló el testamento que distribuía la Regencia entre Felipe de Orleans y otros príncipes y declaró regente único, conforme á la Constitución del reino, á Felipe; éste, en cambio, se comprometió á respetar las antiguas prerrogativas del Parlamento, lo que, una vez en el poder, se apresuró á olvidar. Era el príncipe de Orleans, nieto de un hermano de Luis XIV, hombre de inteligencia, ambicioso, bravo, como lo había demostrado en las últimas guerras, y bondadoso por temperamento. Pero los vicios más innobles lo dominaban y murió entregado á la crápula. La sociedad depravada, que la devoción de los últimos años de Luis XIV había contenido en la hipocresía, sacudió ruidosamente sus ataduras y comenzó esa vida de placer desenfrenado que la debía llevar cantando y gozando al abismo de la Revolución. El Régente y su Estado Mayor de perdidos (*roués*, dignos de ser enrodados) guiaba la enorme bacanal. Un tunante (un *drôle* dice St. Simón), vicioso entre los viciosos, y que llegó á ser arzobispo de Cambrai ¡sucesor de Fenelón! y cardenal, se encargó de la política exterior; no carecía ni

de habilidad ni de audacia y tuvo la suficiente para determinar un cambio en la política francesa, proyectando y realizando una alianza entre el Regente y el nuevo rey de Inglaterra, Jorge I, (de la casa de Hanover, ligada antaño por un matrimonio con la desposeída casa de los Stuarts). En virtud de esta alianza, el Regente hizo expulsar del reino al hijo de Jacobo II, conocido con el nombre de Caballero de San Jorge y que pretendía recuperar el trono de Inglaterra, y rompió la unión entre España y Francia, á pesar de los lazos de familia.

2. Felipe V, piadoso, melancólico y retraído, se dejó gobernar por una francesa de gran talento, á quien el mismo Luis XIV respetaba y que en realidad era el primer ministro, la princesa de Orsini ó de los Ursinos, como la llamaron los españoles. Ni ella ni el gobernador de la hacienda pública, Orry, tenían la estimación de los súbditos de Felipe, por su afán en introducir la centralización á la francesa y el orden en la recaudación del impuesto y los gastos. A la muerte de la primera mujer de Felipe, la de los Ursinos creció en importancia; era su gobierno una verdadera tutela. A pesar del dolor del rey, decidió casarlo con una princesa á quien también pudiera gobernar. Un abate á la italiana, intrigante y complaciente, designó á Isabel Farnesio, princesa de Parma, que lo primero que hizo al llegar al tálamo fué exigir el destierro de la de los Ursinos. El abate consiguió ser el primer ministro y luego Cardenal; se llamaba Alberoni. El fracaso de sus designios ha dado proporciones ridículas ante la historia á este hombre; valía más que su reputación. Su política tuvo una norma, restaurar la grandeza de España, y para ello proyectó algunas reformas estimables en el interior y aprovechó el mejoramiento de los rendimientos fiscales, para proporcionarse una gran escuadra que asegurase á España la dominación de las rutas coloniales é impusiese respeto á Inglaterra; recobrar los dominios italianos debía ser el primer resultado de las empresas de Alberoni, en lo que tenía interés magno la nueva reina para asegurar un patrimonio á sus hijos. Alberoni no contaba con que los tiempos habían cambiado desde el siglo XVI y que para impedir toda preponderancia marítima se había organizado el pueblo inglés en el último siglo. El audaz Cardenal, que se soñaba un Mazarini, promovía serias dificultades al Imperio, á Inglaterra, contra la cual quería arrojar al Pretendiente y al aventurero Carlos XII, y al Regente de Francia para cuya ruina tramó una gran conspiración acaudillada por el embajador de España, Cellamare, la que fracasó lastimosamen-

te. De improviso, en 1718, invadió la Sicilia; la escuadra inglesa entonces batió y destruyó á la española en el canal de Malta, los imperiales invadieron Italia, los franceses pasaron los Pirineos y Felipe se vió obligado á destituir á Alberoni y á pedir la paz.

3. Luis XIV había dejado una deuda de 400 millones, de los que 160 eran inmediatamente exigibles; todos los rendimientos presentes y gran parte de los futuros se habían agotado, y aunque se introdujo cierto orden y se procuró reducir la deuda y cambiar los títulos que poseían los acreedores por otros nuevos que se llamaban: billetes de Estado, que ganaban un interés y que podían servir para pagar ciertas obligaciones al Estado mismo, el descrédito era grande y el papel del gobierno nada valía. Entonces se presentó un financiero escocés, inteligente y quizás honrado, pero iluso y audaz, Law, y con la anuencia del Regente y ayudado por toda la fuerza del poder, se propuso desarrollar un *sistema* que consistía en sustituir la moneda metálica por la moneda de papel, depreciando el oro y la plata á fuerza de decretos en que la Administración, que prefería recibir papel del Banco de Law á recibir dinero, acabó por entregarse en manos del banquero. Este monopolizó todas las fuentes de la riqueza pública, subió al Ministerio de Hacienda, hizo convertir su Banco en una institución de Estado, formó una Compañía para explotar la Luisiana, de cuya riqueza se contaban prodigios y cuyas acciones empezaron por valer 100 pesos y llegaron en un año á valer cuatro mil, lo cual indicaba una especie de vértigo ó locura, resultado de una fiebre incombustible; todo el que tenía dinero lo cambiaba por aquel papel para aprovechar el alza y realizar una fortuna de un día á otro; y como todo se pagaba en papel, se levantaron grandes edificios, se construyeron obras suntuosas y el lujo tomó proporciones increíbles. Mas como el Banco seguía emitiendo sus billetes por centenares de miles, llegó un momento en que aquella mercancía de capricho público y de *agiotaje*, por su abundancia comenzó á bajar; entonces principió la realización, luego el pánico, porque el Banco no tenía dinero para cambiar tanto, y al fin la catástrofe más espantosa, porque los millares de personas que habían cambiado sus ahorros por papel, se encontraron con que éste, por falta de valor intrínseco, no valía nada; la ruina fué completa y sólo se aprovecharon unos cuantos especuladores. En vano el gobierno prohibió los pagos en metálico y persiguió á los que lo tenían; aquello era insensato, Law se fugó y se declaró una inmensa bancarrota más. El error del autor

del *sistema* consistió en confundir los precios con los valores, y creer que el papel-moneda creaba esos valores, lo que sólo hace el trabajo (v. el estudio de Courcelle-Seneuil sobre Law, y sobre la fisonomía de la sociedad de Paris en aquella época *la Regencia* de Michelet).

4. Mientras se verificaba esta brusca dislocación de la riqueza, y una legión de advenedizos, ávidos de gozar, acentuaba la depravación de las costumbres, la Francia nueva entregada á los placeres, apenas los interrumpía para espantarse de la peste de Provenza que mató cincuenta mil personas en Marsella y dejó á Tolón reducida á la tercera parte de sus habitantes; por fortuna entonces se demostró que los supremos resortes morales de la abnegación y el sacrificio, no estaban disueltos aún. Entretanto Luis XV llegó á la mayor edad, e. d., á los trece años, amable y simpático, pero cruel y con una singular y precoz aptitud para el vicio. Dubois fué su primer ministro y lo subordinó todo al deseo de obtener el sombrero de Cardenal, que logró, muriendo poco después; el ex-Regente entonces, embrutecido ya por el vicio, fué el primer ministro del rey adolescente; en 1723 murió de un ataque apoplético y se encargó del gobierno otro príncipe de la sangre, el duque de Borbón, nieto del gran Condé, muy inferior al Regente por la inteligencia y superior por la depravación; él casó á Luis XV con la hija de un rey de Polonia, Estanislao Leczinski, que, destronado ya, vegetaba en Francia; mayor que el rey, la buena y piadosa María Leczinska estaba destinada á ser la resignada y silenciosa víctima de su esposo. Al inepto Borbón, sucedió en la dirección de los negocios el anciano Fleury, después Cardenal, preceptor que había sido del rey, y cuyo programa político podía resumirse así: paz y economía. Y como Inglaterra era el más temible enemigo, Fleury economizó, sobre todo, en la marina, abandonándola casi, con gran contentamiento de los ingleses; á pesar de todo, se vió envuelto en una guerra á causa de la nueva elección del suegro del rey para el trono de Polonia; el rival de Estanislao era el gran duque de Sajonia, protegido por el emperador; con éste fué la lucha, en que todavía los viejos generales de Luis XIV, Berwick y Villars, obtuvieron algunas victorias. La paz de Viena (1738) compensó á Estanislao la pérdida de Polonia con el ducado imperial de Lorena, que á su muerte debía unirse á Francia. Esto sucedió en 1766, y entonces Lorena fué francesa, como desde los tiempos de Luis XIV lo era Alsacia; mas la Revolución había de con-

vertir esta unión política, en una profunda asimilación de estas regiones germánicas á la patria francesa.

RUSIA, POTENCIA EUROPEA.

1. Pedro el Grande.—2. Un gran aventurero coronado.—3. Las reformas.
4. Los herederos.

1. Rusia, bizantina en sus orígenes, asiática luego, se aproximaba poco á poco á la Europa de la civilización, al través de dos obstáculos que tenía á su paso: los polacos y los suecos. Los tres primeros emperadores de la familia Romanoff hicieron adelantar esta obra, consumada por Pedro el Grande y Catarina II. En su niñez, Pedro se había visto expuesto á graves peligros, porque, aunque de nombre, partía el gobierno con un hermano imbecil, de hecho lo ejercía, gracias á una tremenda revolución de las milicias privilegiadas de los *streltzi*, su hermana mayor Sofía. Creció fuerte, aficionado locamente á los ejercicios físicos, pero ávido de conocer las ventajas de la civilización; admirador del feroz Ivan y amigo de las artes mecánicas; apasionado por la cultura europea, pero dominado por instintos salvajes. Logró derrocar á Sofía y comenzó á gobernar en 1689; su aspiración suprema era abrir á Rusia una gran puerta hacia el Occidente en el Báltico dominado por los suecos, y otra hacia el Oriente islamita, hacia el camino de Constantinopla que los conquistadores turcos habían usurpado y que debían devolver á los eslavos rusos, herederos de Byzancio. Empezó por lo más popular, la guerra con Turquía, y se apoderó de Azoff, sirviendo en el ejército como simple capitán. Empezó luego un viaje por el Occidente, en compañía de una gran embajada, pero de *incógnito*; trabajó en los arsenales de Holanda y de Inglaterra, visitó varias Cortes y en todas causó sorpresa por su inteligencia y sus rudas maneras. La milicia nacional y privilegiada de Moscow, los *streltzi*, de acuerdo con Sofía, que desde el fondo del convento en que estaba encerrada explotaba la aversión popular contra los alemanes, autores de las tendencias reformistas del Tzar, se sublevaron en la colonia del Mar Negro y amenazaron la capital. El Tzar volvió rápidamente y ahogó en sangre la revuelta, ejecutando él mismo á varios de los rebeldes y

colgando en cada una de las almenas de la gran Ciudadela militar y religiosa de Moscow, el Kremlin, el cadáver de un *stredletz*; la milicia quedó totalmente suprimida. Después redujo á la obediencia á las tribus libres de *kosaks*, acampados en el Don, y durante su lucha con los suecos, quedaron definitivamente sometidos los *kosaks* de Ucrania, después de la insigne traición de su jefe ó *hetman*, el famoso Mazeppa.

2. El Báltico, que con razón quería dominar el tzar, era un Mediterráneo sueco, y los suecos eran todavía soldados de primer orden; Rusia entró, pues, de buen grado en una coalición promovida por el rey de Polonia, Augusto de Sajonia, con objeto de aprovechar de la inexperiencia del casi adolescente rey de Suecia, Carlos XII, para quitarle los litorales del Báltico entre Dinamarca y Finlandia. Mas era Carlos XII un hombre singular; todo su genio militar, que por algún tiempo asombró al mundo, consistía en la temeridad de sus designios y en el valor con que los ejecutaba. Puchkine, el gran poeta ruso, dijo de él que quería gobernar la suerte como si fuera un regimiento, al són del tambor; su lectura favorita eran los poemas ó *sagas* escandinavos y sentía revivir en él el alma de los *wikings*; por eso le han llamado el último Varega. No tenía vicio alguno; era casto y sobrio como un anacoreta; sólo tenía una pasión, pero inmensa: la gloria. Comenzó por vencer á Augusto, luego destrozó en Narva á Pedro y penetró en Polonia, donde la asamblea de aquella inestable república eligió un nuevo rey, el candidato de Carlos XII, el buen hombre que luego fué suegro de Luis XV, Estanislao Leczinski. Después se metió en Alemania, dictó una paz humillante al rey destituido y se situó en Leipzig, en donde Austria é Inglaterra lo colmaron de halagos temblando; era el momento en que la coalición atacaba á Luis XIV en sus últimos años; el rey sueco, aliado tradicional de Francia, habría podido salvarlo. Pero Pedro el tzar, aprovechando la ausencia de su vencedor, había fortificado su posición en el Báltico y lo esperaba. Carlos volvió sobre él furioso, penetró en Polonia, pasó el Niemen y tomó, tras de los rusos que se retiraban, el camino de Moscow; pero el *hetman* Mazeppa lo indujo á reconquistarle la Ucrania de que los generales de Pedro se habían apoderado. Después de un invierno horroroso, el joven aventurero atacó á Poltava, con un ejército diezmado y debilitado; la victoria del tzar fué absoluta, todos los suecos fueron muertos ó capturados; Carlos y Mazeppa, casi solos, se refugiaron en Turquía. La batalla de Poltava (1709) señala el momento de la entrada definitiva de los rusos en

el mundo europeo. Carlos logró promover una guerra entre los turcos y los rusos, en que éstos llevaron la peor parte, y después de varios años, volvió á Suecia, que encontró incurablemente débil; murió obscuramente aquel héroe arcaico que quiso renovar las fabulosas hazañas de los paladines del primer período medioeval.

3. El eslavo es hostil á toda innovación occidental; ha reformado en parte sus hábitos y sus ideas, porque el gobierno autocrático que había nacido de su seno, se las impuso á fuerza de ukases y de knuts; la ley y el látigo. Mas no concibe y no se conforma, sino en apariencia, con los gobiernos de equilibrio inventados entre germanos y latinos; ó la anarquía, como en Polonia, ó el despotismo divino del tzar; un extremo ú otro; alguna vez se ha intentado neutralizar ambas tendencias; no más se ha logrado justaponerlas. Y es que para el eslavo no es separable el factor político del social. (Esta es la separación convencional que se ha aclimatado entre los europeos occidentales). Pedro, el tzar de hierro, incrustó en el corazón de Rusia las reformas que creía necesarias para arrancar á sus súbditos la corteza asiática y hacer más estable el poder imperial. La resistencia fué inmensa desde lo más alto de la sociedad, desde su mujer y su hijo, hasta lo más inferior y oscuro; el siervo, el *pope* ó sacerdote, el *boiar* (noble), todos se le opusieron; á todos doblegó su mano, armada como la del verdugo y la del soldado. Para ello se valió principalmente de extranjeros, haciendo una importación extraordinaria de artesanos, industriales, artistas; de libreros, de traductores, de oficiales, todos alemanes, holandeses, ingleses, suizos, suecos; era la germanización del mundo eslavo; sin embargo, como era un patriota, no privó de los cargos principales del Estado á sus nobles rusos, sus aguiluchos, como llamaba el pueblo á sus colaboradores. La reforma social consistió en confundir todas las clases rurales, en sujetar á todo cultivador á la capitación y á la residencia fija; esto era una servidumbre total. La población urbana quedó dividida en clases, según sus ocupaciones; todo ello tendía á hacer más trasmisible la voluntad del tzar hasta las últimas moléculas sociales, por eso todo fué reglamentación rigurosa. La nobleza también fué clasificada; ser noble, quería decir servir al tzar y viceversa; la jerarquía, entre las cinco categorías de la nobleza ó *tehin* (el clero, el ejército, la marina, la corte y el orden civil), quedó fijada desde el puesto más bajo hasta el más alto. Además, la propiedad de los señores quedó abolida; fueron considerados como simples terratenientes del emperador, único propietario de la tierra rusa, después de Dios. Las principales modificaciones impuestas á las costumbres se refieren á la secuestación en que vivían las mujeres, que quedó abolida, á la supresión de la barba y á la transformación del traje.—En la administración, fué lo principal la constitución de un *Senado* de nueve miembros, á quien todos debían obedecer en ausencia ó falta del tzar; para cada ramo administrativo estableció un Consejo, como los de España, en lo que siguió las opiniones de Leibniz y que estaban generalmente dirigidos por

extranjeros y la división del imperio en gobiernos y de éstos en provincias. En la Iglesia, reemplazó el gobierno del *metropolitano* por el de un *sínodo*, en el que el tsar tenía un procurador. En el ejército todas sus reformas tendieron á igualarlo á los europeos; los suecos le ayudaron mucho en esto.—Símbolo material de esta grande obra de reforma, que iba desde la instrucción á la industria, desde el periodismo establecido por él, hasta la ciudad erigida á su vista, fué la nueva capital de la Rusia europea, situada, cosa singular, en la frontera marítima del imperio, entre los bosques y pantanos que dan salida al Neva, inmenso caño por donde el complicado sistema de los lagos finlandeses se comunica con el Báltico. Ahí se hicieron prodigios y ya se sabe lo que es hoy esta enorme población, que tiene algunos de los edificios y paseos más hermosos del mundo.

4. Pedro, después de perder, en una desgraciadísima campaña contra los turcos, la posición que se había conquistado en el Mar Negro, tomó el desquite en el Báltico, en donde arrebató á los suecos Finlandia y sus posesiones germánicas; los alemanes creyeron que iban á caer bajo el yugo moscovita. Después hizo el tsar un viaje á Paris; la corte del Regente, acogió á aquel gigante, sin modales, pero lleno de energía y de nobleza natural, con gran sorpresa y simpatía y aplaudió azorada, cuando el enorme emperador, atropellando la etiqueta, cogió al pequeño Luis XV y lo levantó en sus brazos. En sus últimos años, toda su preocupación consistió en el destino de sus reformas; cuando descubrió una inmensa conjuración del clero y la nobleza contra ellas, acaudillada por su hijo, fué implacable; las ejecuciones y la tortura rompieron los huesos del partido retrógrado; el bárbaro emperador hizo morir á su hijo mismo á latigazos probablemente. Aquel hombre de lucha y de sangre, enorme cuerpo en que combatían, como en Rusia, la pasión del salvaje y la reflexión del hombre civilizado, murió en 1725. El partido de la reforma sostuvo á la vulgar soldadera alemana que Pedro había sacado del fango, para hacerla su segunda esposa y que se llamó Catarina I. Su gobierno fué la continuación del de su esposo; todo lo que había quedado en proyecto se fué realizando; academias científicas, publicaciones, exploraciones marítimas, todo progresó bajo los auspicios de la emperatriz, á pesar de que la dominaba el vicio de la embriaguez, y de su valido Menchikof. Un nieto de Pedro heredó el imperio con el nombre de Pedro II; murió pronto y entonces quedaron como pretendientes dos hijas del gran tsar, Isabel y Ana, duquesa de Holstein, que tenía un hijo, Pedro de Holstein, y dos hijas del hermano imbécil de Pedro el Grande: Ana, duquesa de Curlandia

y Catarina de Mecklenburg. El *Alto Consejo secreto*, redactó una especie de constitución que daba el gobierno á las dos grandes familias aristocráticas de los Dolgoruki y los Galytsine y sometía al emperador á su tutela; con esta condición otorgó el trono á Ana de Curlandia, que se apresuró á faltar á su juramento, cediendo á la voz del reino que pedía el restablecimiento de la autocracia. Por medio de Ana, gobernó y oprimió el alemán Biren; sin embargo, mantuvo las reformas y sólo suprimió una de ellas, muy odiosa para los nobles rusos, el mayorazgo. Por el año de 1733 se abrió de nuevo la cuestión de Oriente de entonces: la sucesión al trono polaco. Francia sostenía al ex-rey Estanislao; Rusia y Austria al sajón Augusto III; el candidato francés tuvo que huir y á consecuencia de esto se encendió la guerra en el Rhin y el ejército ruso por primera vez llegó á la frontera de Francia; la paz de Viena, que daba á Leszczinski la Lorena, y una parte de Italia al hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, impidió el choque. Después del reinado efímero de Ivan VI y gracias á una revolución dirigida por el embajador francés, aliado á los elementos conservadores y anti-alemanes, subió al trono Isabel, la hija de Pedro, que designó por su sucesor á Pedro de Holstein, á quien casó con una princesa alemana de tercer orden, Catarina de Anhalt, que debía ser la Gran Catarina. Isabel presidió una completa reacción contra los alemanes; pero su amistad por Francia no le impidió arrebatar territorios bálticos á los suecos y tomar parte en la guerra de sucesión de Austria contra Federico II. Al fin de su reinado, Isabel se alió á Francia y Austria contra el rey de Prusia é Inglaterra, durante *La Guerra de siete años*. Sus generales infligieron una espantosa derrota á Federico y se apoderaron de Berlin. Afortunadamente para los prusianos murió Isabel, después de haber continuado la obra de su padre, promoviendo las mejoras materiales, creando poblaciones nuevas, reformando la legislación y haciendo un papel de primera importancia en los negocios europeos (v. sobre este período capital de la historia rusa á *Rambaud*, historia de Rusia y á *Brückner*, Pedro el Grande).

PRUSIA Y AUSTRIA.

. Creación definitiva de la Prusia militar; el príncipe Federico.—2. Federico II y María Teresa; la guerra de sucesión.—3. Transformación de las alianzas; la Guerra de siete años.—4. Federico el Grande; Polonia y Catarina II.

1. El primer rey de Prusia fué un vano y ostentoso imitador de Luis XIV, que dejó su tesoro arruinado á fuerza de fiestas pomposas y de bordados de oro. Su hijo, Federico Guillermo, fué el reverso de esta medalla; económico hasta la avaricia, suprimió todo lo superfluo y, en su concepto, superfluo era cuanto se refería á instrucción superior, á cultura: viento, modas francesas, así llamaba á todo esto. Como buen Hohenzollern detestaba cuanto era francés; tres pasiones tenía este avaro y duro rey—sargento, como le llamaba el rey de Inglaterra: el ejército, la teología y la cerveza. El ejército subió á 80,000 hombres perfectamente escogidos y disciplinados; por eso era avaro, para sostener esta fuerza desproporcionada á los recursos de aquella Prusia diseminada en el Norte de Alemania; todo tenía que subordinarse á este gasto enorme y todo, desde entonces, tiene en aquella monarquía un solo centro de atracción, el ejército. Era bastante mal cristiano, pero enemigo mortal de la *predestinación* enseñada por Calvino; su teología, como la de tantos polemistas religiosos de nuestros días, era un odio. Casi todos los días se reunía con sus empleados principales y se dedicaba á fumar, á comer puerco y á beber hasta la embriaguez. Su hijo Federico, delicado y nervioso por temperamento, pronto adquirió gran amor por todo lo que su padre detestaba: la literatura y la filosofía francesas, las modas, la música. A fuerza de palos y de humillaciones, que hicieron de aquel niño un mártir, pretendió el brutal padre reducirlo á sus ideas; lo que lo ponía fuera de sí, sobre todo, era que no acertaba á descubrir en su hijo ni un átomo de espíritu militar ¡en el futuro Federico el Grande! De aquí un aborrecimiento profundo por el príncipe; hizo azotar públicamente á una amiga de éste, hizo fusilar frente á las ventanas de su prisión á un joven camarada del príncipe que había proyectado huir con él; tuvo hasta la idea de hacerlo renunciar á su derecho y, quizás, la de matarlo. Federico se doblegó y su padre fué apaciguándose; mas desde entonces la mentira, la perfidia, el disimulo entraron como elementos en el carácter de aquel

hombre superior, el más hábil político, el soldado más notable de su tiempo. Cuando su padre murió (1740), se encontró con que había dejado en sus manos dos medios admirables de grandeza: un ejército y un tesoro. Ensanchar la Prusia desmembrada entonces, reunir sus diversos territorios sin solución de continuidad, y convertirla por esto en una nación de primer orden y en la rectora de la Alemania entera, tal fué desde entonces el programa natural de todo rey de Prusia.

2. El principio del siglo XVIII y del reinado de Carlos VI, el ex-pretendiente al trono español, con la sumisión de los transilvanios rebeldes y el tratado hecho con Turquía después de otras brillantes campañas del príncipe Eugenio, el ángel bueno de los Habsburgs, prometía una era feliz; no que las luchas con los islamitas hubiesen concluido, pero ya iban á ser por el predominio en la península de los Balkanes; mas la Hungría quedaba definitivamente liberada. Entonces la gran preocupación del emperador fué asegurar el dominio de Austria y sus adyacentes á su hija única, María Theresa; el documento solemne en que constó esta decisión, recibió el nombre de *pragmática-sanción* y obtuvo la adhesión de todos los pueblos que componían el dominio actual de la dinastía y después el de las potencias europeas; la pragmática dió á ese dominio la forma de una federación de entidades unidas por el lazo dinástico en la cabeza de los Habsburgs; extinguida esa familia, la federación de austriacos, húngaros, bohemios, croatas, etc., quedaba disuelta. Ya hemos visto cómo la guerra de sucesión de Polonia arrancó al emperador la cesión de Lorena, que su yerno Francisco, cambió por Toscana, en que estaba á punto de morir el último de los Médicis, y del reino de las dos Sicilias. Los turcos lograron arrebatarle Belgrado y Servia también, imponiéndole un vergonzoso tratado.

Cuando á la muerte de su padre, subió María Teresa al trono, en 1740, toda su ilusión era que su esposo Francisco de Lorena fuese electo emperador de Alemania; mas el elector de Baviera, Carlos, yerno del emperador José, se creía con mejor derecho y le apoyaban Francia y Prusia, cuyo rey Federico II, alegando derechos añejos y mal comprobados, se apoderó de Silesia para comenzar á plantear su programa de engrandecimiento.

Federico II, poeta y filósofo, educado por los libros franceses, concebía la monarquía como un absolutismo perfecto, "el soberano debe

abarcar todo interés particular en el interés general," pero afirmaba que el rey no sólo tenía derechos, sino deberes; era el primero, administrar justicia y luego la defensa de la patria y la seguridad y bienestar de los súbditos; para llenar así su misión, era su obligación suprema el trabajo. Efectivamente, la vida de Federico se ajustó á este programa y á la creencia de que para engrandecer la patria debía obrar como si la moral individual no tuviese el más leve contacto con las relaciones internacionales. Cuando subió al trono escribió á su amigo Voltaire: "El poeta y el monarca no forman ya más que una sola persona; el pueblo, objeto de mi amor, es ahora la divinidad á la cual he de servir. ¡Adios versos, conciertos, amigos; adios también Voltaire! Mi dios supremo es en adelante, mi deber." Inmediatamente procedió á reorganizar la Academia de ciencias con algunos de los sabios más conspicuos de Europa y abolió la tortura. En seguida calculó, con el egoísmo más ingenuo, la superioridad de su posición militar sobre la de María Teresa que, como ella misma decía, "se encontraba sin dinero, sin crédito, sin ejército, sin experiencia propia ni conocimientos para su cargo y finalmente sin consejo de nadie." Lo que tenía la reina, para reemplazar todo esto, era una alma superior, su inteligencia, su energía y su apego apasionado á su herencia y á su derecho. Mejor hubiera valido á María Teresa que su padre le hubiese dejado 200,000 hombres que una colección de pergaminos, escribía Federico; le dejó la fidelidad caballeresca de los magyares que bien valía un ejército. La proclamaron *su rey* y cuando les dirigió deshecha en lágrimas, un discurso en latín, brotaron de los labios de los magnates los gritos repetidos: *vitam et sanguinem*. El elector de Baviera y sus aliados franceses se entretuvieron en conquistar á Bohemia, en lugar de apoderarse de Viena y la reina que contaba con la alianza y los subsidios ingleses, pronto vió á sus ejércitos obligar á los franceses á retirarse de Praga, mientras el elector se coronaba en Francfort con el nombre de Carlos VII y Federico se retiraba de la coalición con la posesión de Silesia reconocida; Francia, algún tiempo después, se hallaba sola en la contienda. Un ejército inglés amenazaba sus fronteras, porque el rey Jorge II, que se había arrogado facultades increíbles, á pesar del Parlamento, todo lo subordinaba á la defensa de su patrimonio alemán de Hanover. La insurrección húngara (así llamaban los magyares á sus levantamientos que ahora eran en favor de los Habsburgs) envió á sus caballeros á saquear Alsacia y Lorena, y cuando el ejército austria-

co se unió con el inglés, la situación fué muy grave para Francia. El rey Luis XV, saliendo de una enfermedad que había enloquecido de dolor al pueblo, tuvo la fortuna de hallar un general de primer orden en el hermano bastardo de Augusto de Sajonia, Mauricio, que ganó contra los ingleses la sangrienta batalla de Fontenoy (1745) que fué la última en que la nobleza francesa, agrupada en torno de su rey y espléndidamente ataviada, mostró toda su gracia, su elegancia y su valor caballeresco. Ninguna otra gran victoria había de obtener la monarquía; era el pueblo armado el que iba á pasear por Europa la enseña triunfal de la Francia revolucionaria. En 1748 se celebró la paz de Aquisgran, que dejó en poder de los ingleses buena parte del imperio colonial de Francia, la cual devolvió todas sus conquistas en los Países Bajos é Italia. Francia había perdido, sin objeto, sus buques, 250 millones de pesos y medio millón de hombres.

Sin embargo, la paz trajo consigo un bienestar general: "La Europa entera no había visto lucir días mejores, dice Voltaire, que los que transcurrieron entre la paz de Aquisgram y el año de 1755. El comercio prosperaba desde Petersburg hasta Cádiz; en donde quiera las bellas artes eran favorecidas; asemejábase Europa á una gran familia de nuevo unida después de sus querellas." El auge que la marina y el comercio francés tomaban, eran, sin embargo, mal vistos de Inglaterra que inauguró una política de tropelías y hostilidades en América y la India que arrancó á Dupleix, el genial aventurero, desamparado por su patria cuando conquistaba para ella un imperio. Lo peor era que los ingleses se negaban á dar satisfacciones; pronto la guerra se hizo necesaria. Mas como los franceses decidieron invadir el patrimonio hanoveriano del rey de Inglaterra, esta nación celebró alianza con Federico II. Así comenzó la *Guerra de siete años*.

3. Las alianzas con Federico eran inseguras, bien lo había demostrado en la guerra de sucesión, en que dos veces abandonó á sus asociados; mas en 1756 su liga con Inglaterra se imponía. Fué grave falta de Francia haberse complicado en una guerra alemana, cuando debía haber concentrado todo su esfuerzo sobre Inglaterra; así es que no pudo defender sus colonias, y aunque es cierto que impedir el crecimiento de Prusia, era una política excelente para Versailles, tal política era en alto grado impopular, en aquel tiempo en que todos los libres pensadores, que dominaban el mundo intelectual, adoraban en Federico y fué mala oportunidad la que escogieron los ministros de Luis XV, em-

pujados por el capricho de una mujerzuela, la Pompadour, que se había enamorado de María Teresa, que aunque no es cierto que la hubiese escrito, sí lo es que tuvo con la favorita del rey ciertas complacencias. De todo ello resultó la alianza con Austria y Rusia; terrible coalición que rodeó á Federico, que lo atacó por todas partes y que puso á prueba su genio militar y político; de las victorias y reveses de aquella lucha resultó digno del epíteto de *Grande* con que lo decoraron sus conterráneos.

Federico, como siempre, atacó primero; se apoderó súbitamente de Sajonia, cuyo príncipe corrió á encerrarse en su reino de Polonia, penetró en Bohemia, pero, sucesivamente victorioso y vencido, tuvo que retroceder á defender Silesia. Los franceses y las fuerzas del imperio unidas (porque Carlos VII, el emperador bávaro, aliado de Federico, había muerto, y el emperador en aquel momento era Francisco I, esposo de María Teresa) se adelantaron hacia Sajonia; los generales franceses ya no eran los que habían vencido á Europa en el siglo XVII, ni los que la habían resistido en la primera mitad del siguiente; eran hombres que ganaban sus puestos por el favor, en las alcobas de las soberanas bastardas de aquel reino en disolución; Richelieu, el rey de los libertinos, que pudo acabar con el ejército inglés y perdió sus posiciones en Hanover y cuyo solo afán era robar; el abate Clermont que fué perseguido por Brunswick, un discípulo de Federico, y vencido luego, y Soubisse, á quien, en un mediano combate, Federico infligió la tremenda derrota de Rossbach. Pero apenas conjuraba el insigne capitán un peligro cuando aparecía otro; el hermano del emperador había recuperado casi la Silesia toda, que Federico salvó en Leuthen; luego tornó á ser vencido por los austriacos y en 1759 por los rusos; esta derrota fué tal que Federico pensó en el suicidio; escribía á uno de sus ministros: "De 48,000 hombres sólo me restan 3,000; todo el mundo huye; mis tropas ya no me obedecen; las consecuencias de la batalla serán peores que la batalla misma; yo he concluído con mis recursos, lo creo todo perdido. No quiero presenciar la ruina de mi patria; adios para siempre." Poco tiempo después se rehizo; ni los rusos ni los austriacos supieron aprovechar sus victorias; entonces decía el rey: "sostendré la monarquía como es mi deber." La guerra tomó un nuevo giro cuando, muerta la tsarina, subió al trono ruso Pedro de Holstein, admirador apasionado de Federico, que se declaró neutral y que trajo consigo la retirada de Suecia que también había tomado par-

te en la coalición. Francia, asaltada en sus costas, vencida y expoliada en sus colonias, desarmada y empobrecida con la destrucción casi total de su marina, celebró la paz con Inglaterra, conservando las más insignificantes de sus colonias, mientras Federico, que á su vez se arreglaba con Austria, consolidaba para siempre su dominación en Silesia (1763).

4. Entre los tres fuertes reinos constituídos definitivamente en el siglo XVIII, Prusia, Rusia y Austria, se encontraba comprimida, pero sin poder adquirir cohesión, Polonia, que era una república más bien que una monarquía, ó mejor dicho, que era una nobleza. Había en los dominios polacos 14.000,000 de habitantes; cerca de dos millones formaban la nobleza; había un millón de judíos y el resto de la población, rusa, polaca y alemana, estaba en su mayor parte reducida á la servidumbre; el *liberum veto* podía impedir las decisiones de las asambleas de la nobleza, como hemos visto y los disidentes formaban entonces confederaciones, especies de repúblicas en la República; el monarca tenía un poder vago sin límites fijos, pero que podían surgir por todas partes. Aquello, pues, no era un Estado, ni un gobierno, era una monarquía que de la guerra recibía momentánea coherencia y seguía su vida difusa en medio de organismos nacientes. A la muerte del último rey sajón, la familia Czartoriski, influyente en Petersburg, logró que la emperatriz Catarina II consintiese en la elección de un *piatsi* ó noble indígena, su antiguo favorito Estanislao Poniatowski; pero este rey encontró vivísima oposición en un partido de insensatos nobles, que consideraban como señal de traición á la patria, la modificación de la constitución en el sentido de suprimir el *veto* y robustecer la monarquía; esta era la salvación, sin embargo.

Catarina II era, como sabemos, la princesa alemana que había casado con Pedro de Holstein; de costumbres depravadas, inteligencia superior y enérgica ambición, cuando ascendió al rango imperial conspiró con algunos de sus favoritos contra su marido y, apoyada en buena parte del ejército, lo depuso y lo hizo extrangular en la prisión. Tomó entonces las riendas del gobierno con mano tan firme que nadie fué osado á arrebatárselas; tuvo gran copia de favoritos, de ninguno se dejó avasallar; parecía haber nacido para el mando esta *Semíramis del Norte*, como la llamaba uno de sus grandes aduladores franceses y fué un autócrata en la más completa y viril acepción de la palabra. Largo tiempo reinó Catarina (1762-1796) y su política tuvo orientaciones

distintas; nunca perdió de vista en sus alianzas, ya fueran prusianas ó austriacas, ni la absorción de Polonia, ni la conquista del Mar Negro ruso, ni el predominio en la región balcánica, por donde estaba trazado el camino de Constantinopla, que desde Pedro el Grande era el sueño dorado de los *tsars*. Y efectivamente Catarina, aprovechando la anarquía polaca y la opresión ejercida por los partidarios de la unidad católica del reino ó *uniatas*, azuzados por el celo imprudente de los jesuitas contra los protestantes y los cismáticos, aceptó los planes diabólicos del Gran Federico, que había resuelto apoderarse de la Prusia polaca, para unir su Brandeburg con su pequeña Prusia oriental. El plan era invadir y ocupar el reino con el pretexto de defender la tolerancia, mantener la anarquía impidiendo las reformas salvadoras en la constitución y declararse dueños de sendos girones del territorio polaco. Sin embargo, Catarina hubiese preferido guardar para sí la Polonia entera, sin anexarla á Rusia, sino ejerciendo un protectorado; mas para salvar al reino eslavo católico, Francia envió á los polacos que resistían, oficiales (uno de ellos fué el luego famoso Dumouriez) y subsidios y, sobre todo, arrojó á Turquía sobre los rusos. Catarina en esta guerra con Turquía logró apoderarse de las costas del Mar Negro entre el Cáucaso y el Danubio y de parte de la península balcánica; Austria inquieta con este avance ruso entró en arreglos con Catarina y Federico y de todo ello resultó la primera distribución de Polonia, en que Austria se apoderó de Galitzia, Federico de la Prusia occidental y Catarina de las Rusias polacas; poco quedó al desmembrado reino (1772); pero el apetito de aquellos devoradores de naciones no esperó el fin del siglo para hartarse con los restos del gran pueblo eslavo medio-eval. Y lo mismo habrían hecho con Suecia, profundamente debilitada por las enormes extracciones de sangre que sus soberanos conquistadores habían practicado en ella; el plan de Federico era el mismo que en Polonia: fomentar la anarquía excitando á los oligarcas á nulificar la realeza y operar en seguida de acuerdo con Rusia; pero su real sobrino Gustavo III hizo abortar el caritativo intento del rey prusiano y con un golpe de estado, recuperó todo el poder perdido por los monarcas.

En 1780 murió María Teresa, que gracias á su alma enérgica había impedido la disolución de su heterogéneo patrimonio; viuda desde 1765, su hijo José, designado para el trono imperial con el título oficial de *rey de romanos*, dividió pronto el gobierno con ella. José envi-

diaba y admiraba profundamente á Federico; tenía en muy poco la política y los consejos de su madre y aspiraba á *reformular*; esta era ya la aspiración universal, como en las postrimerías del siglo XV. Sacudir la tutela jesuita, destruir el poder del clero, despojándolo; fomentar la instrucción general, este era su anhelo; centralizar y militarizar al estilo prusiano los disímbolos Estados de su patrimonio, este era su fin próximo; conseguido esto, disputar á Prusia la preponderancia en Alemania y centralizar y hacer hereditario el imperio, tal era su deseo secreto. Para conseguir todo esto, tenía inteligencia y voluntad; pero mucha inexperiencia y poca discreción.

Quien sí realizaba el tipo del déspota ilustrado, esta planta monárquica, precursora de la Revolución, fué Federico II. Un déspota ilustrado se diferenciaba del déspota antiguo en su programa sistemático, no sólo de promover el mejoramiento material de las clases, esto era propio del despotismo, ya lo observaba Aristóteles, sino de suprimir los restos de la servidumbre medioeval y de fomentar la instrucción popular, haciendo servir su absolutismo militar á la preparación del régimen industrial que lentamente iba á venir, que no ha triunfado todavía. Federico fué un protector decidido de la industria prusiana; puede decirse que él la fundó, haciendo venir artifices de fuera y sosteniendo un sistema prohibicionista que le dió una vida más ó menos facticia; fué un incansable promotor del progreso agrícola; la estéril región de la baja Alemania fué colonizada, poblada y convertida, gracias á él, en región productora y estableció el sistema bancario para proteger las nacientes empresas. Consideraba, sin embargo, que todo era poco, sin la instrucción popular; él la hizo obligatoria, la extendió á un programa mayor que el de leer y escribir, y la sancionó con todo su poder; así fundó la Prusia futura, la Prusia de hoy. Convencido de que el verdadero sostén de la instrucción popular, es la instrucción superior, fué el Mecenas de los sabios, que todos los príncipes de la época tenían á insigne honor proteger. Por desgracia el lado odioso de su absolutismo se manifestó en el establecimiento altamente opresivo del régimen tributario y en su ingerencia torpe, por regla general, en las decisiones de la justicia. Federico II, á pesar de que por sus ideas y por su educación y aficiones era un francés, suscitó las primeras manifestaciones del genio literario alemán, por tanto tiempo muerto, después de las guerras exterminadoras de los siglos XVI y XVII. En 1786 murió el gran amigo de Voltaire y de los filósofos, como había vivido, sin más religión ni más amor, que su amor por la Prusia, que juzgaba obra suya, y su religión del deber, del deber de trabajar y consagrarse al bien de sus súbditos; con esta religión cumplió siempre. A pesar de todo, Federico no dejó á Prusia, creación geográfica sin forma determinada todavía y artificial por tanto, con toda la fuerza necesaria para vivir, porque sus reformas no llegaron al fondo de la nación cuyo prin-

cial elemento de estabilidad era el carácter de sus reyes. La ausencia absoluta de clase media, la falta completa de vida municipal y provincial y la servidumbre de las clases rurales, eran los vicios principales de la constitución prusiana, que, á pesar de Federico, continuó siendo esencialmente oligárquica y feudal. Hacer de los siervos, propietarios, y preparar así su emancipación, fué el designio de los reyes prusianos; pero á principios de este siglo todavía no se remataba ni aun en las tierras reales. Así es, que para que la nobleza consintiera en el despotismo central del rey, éste le abandonaba el gobierno absoluto de las clases rurales. Como no había vida municipal, única propicia á la formación de las clases medias, el rey apoyaba su despotismo en una clase especial que vivía á sus expensas: *la burocracia*; pero este elemento vale lo que sus jefes; si éstos son débiles ó ineptos, los burócratas son un instrumento de desgobierno y de ruina. Esto explica por qué Prusia estuvo á pique de desaparecer ante la Revolución francesa armada y victoriosa, y dirigida por Napoleón (v. *Cavaignac*.—Orígenes de la Prusia contemporánea.)

LOS BORBONES.

1. Luis XV. Depravación y decadencia. El Pacto de familia.—2. Los Borbones de España; Carlos III. Las Reformas.

1. En Francia seguía perpetuándose un foco de perturbación general; el absolutismo, que era el régimen que al feudalismo medioeval había sucedido en el Continente, ya estaba desacreditado por los pensadores, odiado por los pueblos y desarmado por la bancarrota intermitente: ¿qué sistema lo reemplazaría? ¿El inglés, e. d., el régimen parlamentario? A eso se inclinaban los hombres de teoría. Mas ¿cómo podía el parlamentarismo, esencialmente aristocrático en su forma inglesa, adecuarse á las aspiraciones, á la índole esencialmente igualitaria de los pueblos latinos? Hé aquí el problema.

La corrupción era espantosa; las leyes de la imitación que tienen mayor influencia social de lo que pudiera pensarse, hacían del monarca y sus costumbres, un tipo al que todos tendían á conformarse y el contagio moral era prodigioso (v. sobre la influencia de los tipos en la evolución social, la obra de *Bagehot*: *Leyes científicas del desenvolvimiento de las Naciones*. Bib. cient. intern.). Luis XV compartía el gobierno con sus favoritas; después de la Pompadour, había descendido una escala más en el albañal, y la Du Barry fué la reina de Francia; todavía bajó más, á deportes criminales, á placeres infames; para sus vicios, sus compla-

cencias, sus derroches y para los de sus ministros y cortesanos, hubo necesidad de exprimir la vena inexhausta del ahorro y del capital del pueblo; el pueblo comprendía que era necesario defender su sangre; de aquí un indecible malestar, motines incesantes, torpeza creciente en el mecanismo absolutista para funcionar. Al rey se le creía capaz de todo; se llegó á decir que tenía parte en la espantosa especulación de un sindicato de acaparadores de harina sobre el hambre pública; el *Pacto del hambre*, se le llamó al pacto del rey; no existió tal pacto; mas el pueblo creyó siempre en él. La alianza austriaca, tan impopular, fué convertida en el polo de la política nacional por Choiseul; el casamiento de la princesa María-Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, con el nieto del rey y heredero de la corona, con el futuro Luis XVI, selló esta obra. El otro polo fué el *Pacto de familia*, es decir, la renovación de la alianza íntima de los príncipes de la casa de Borbón en España é Italia, con Francia. Habsburgos y Borbones unidos tenían que ser dueños de la política europea; Inglaterra hizo de este pacto un semillero de desdichas para España y Francia. Después de la vergonzosa paz de París que puso término á la Guerra de siete años, Choiseul se empeñó en rehacer la marina, en sustituir al perdido Canadá con una magnífica colonia equinoccial en la Guayana (empresa que fracasó) y en mejorar la situación financiera. Antes de la caída de este ministro, el ducado de Lorena ingresó en la nación francesa por muerte del destronado rey de Polonia que lo gobernó patriarcalmente, y luego la isla de Córcega, cedida por Génova y dominada á pesar de su resistencia (1768). Los filósofos, los jansenistas del Parlamento, aplaudieron la supresión de la Compañía de Jesús, que era entonces una asociación en que los intereses mercantiles tenían influencia preponderante.

Una cábala de cortesanos hizo caer á Choiseul y los amigos de la Du Barry subieron al poder; todos pretendían reformar; ninguno acertaba, porque ninguno podía ordenar los gastos y el desorden de una Corte que pedía más, mientras escaseaba más el dinero y los contribuyentes estaban más agotados. La dirección de la hacienda por Terray, que erigió el *déficit* en sistema, fué un desastre. Luis XV murió en 1774, tan maldecido por el pueblo ó más que Luis XIV; dicen que aquel rey, con la conciencia de que la monarquía marchaba al abismo, solía decir: "después de mí, el diluvio." Así sucedió; fué un diluvio de sangre.

2. Felipe V había dejado el trono de España á su hijo adolescente

Luis I; ¿por fastidio, ó para prepararse á ejercitar derechos de que en lo íntimo de su corazón no había prescindido sobre la corona de Francia? En realidad él siguió gobernando el reino, y cuando murió su hijo, previa consulta de teólogos, satisfizo los deseos ardientes de su mujer tornano á ocupar el trono (1724). La política exterior del segundo periodo de Felipe V, sigue el mismo derrotero que le había trazado la ambición maternal de la Farnesio; con ayuda de Francia é Inglaterra asegura la posesión de los ducados de Parma y Plasencia á D. Carlos, hijo mayor de su segundo tálamo; mas viene la guerra de sucesión de Polonia, y España, fija la vista en Italia, toma parte contra Austria; el conde de Montemar conquista entonces para D. Carlos el reino de las Dos Sicilias y esta posesión es reconocida por el tratado de Viena (1738). El anhelo de colocar al hijo segundo de Isabel, Felipe, en los abandonados ducados de Parma, empuja al rey de España á tomar parte en la guerra de sucesión de Austria; Inglaterra hace muy difícil la conquista de los ducados para los españoles, que pelean largo tiempo en Piamonte y Lombardía; tan difícil, que una escuadra inglesa obliga al rey Carlos de Nápoles á declararse neutral. Cuando esta guerra termina en la paz de Aquisgram (1748) que otorga al infante D. Felipe la posesión de los ducados italianos, ya Felipe V lleva dos años de muerto. Rey hipocondriaco, dominado por su mujer y su devoción (lo que no le impidió proteger siempre al insigne escritor regalista Macanaz, tan buen católico como enemigo de las pretensiones de la Corte de Roma y de la Inquisición), apenas gobernó; mas tuvo buena intención y regulares consejeros, como Orry al principio y Patiño al fin. La administración mejoró y subieron las rentas; pero la guerra casi constante y las suntuosas construcciones hicieron subir más aún los gastos; el déficit continuó. Felipe, por una serie de medidas prohibicionistas y suntuarias, tan de moda entonces, resucitó la industria nacional, asesinada por la expulsión de los moriscos, y la creación de la *Academia de la lengua* bajo la presidencia del marqués de Villena, y la de la Historia, comenzó á dar sus frutos; la publicación del primer Diccionario español coincidió con el renacimiento del buen gusto literario, obra en que buena parte tuvo la *Poética* de Luzan; así como las valientísimas obras del padre Feijoo, documento inapreciable para juzgar el estado del intelecto español al mediar el pasado siglo, dieron golpes de muerte á las supersticiones, parásitos que habían devorado la substancia del espíritu hispano.

Fernando VI, príncipe bueno y profundamente caritativo, amigo de la paz, sobre todo de la paz con Inglaterra; no tuvo más amor que su mujer, la excelente Doña Bárbara de Portugal, ni más pasión que el lecho, la caza y la música, por lo que ejerció sobre él pasmosa influencia el tenor sopranista Farinelli, que durante doce años le cantó todos los días las mismas canciones, sin cansarlo jamás, con su deliciosa voz de mujer. Todo el reinado de Fernando VI pasa en disputas entre Inglaterra y Francia para atraerlo á su alianza; los franceses se apoyan en el marqués de la Ensenada, hombre venal y fastuoso, y los ingleses en el íntegro Sr. Carvajal (hijo del duque de Linares, virrey que fué de Nueva España), que inclinó al rey hacia la alianza inglesa, ó mejor dicho, hacia una firme neutralidad, que mucho se ha reprochado á Fernando, pero que era la verdadera política nacional. Cuando empezó la guerra de siete años los halagos redoblaron; los franceses ofrecían Menorca, arrebatada á los ingleses, y que efectivamente estaba bien situada para dominar el mar franco-español, y los ingleses Gibraltar; Fernando no aceptó nada. Enfermo de dolor después de la muerte de su mujer, murió un año después (1759). El corrompido Ensenada, en cuya casa, después de su caída, se encontraron los elementos de un boato regio (sólo en porcelana dos millones), tenía un gran instinto administrativo; él fué el primer organizador de un presupuesto español, de una formal tentativa de unificación del impuesto, de un catastro que costó mucho dinero y no se hizo al fin; la marina, necesidad ingente de toda gran potencia colonial, creció en su tiempo notablemente y se fundaron grandes astilleros en constante actividad. El tesoro de Fernando guardaba más de cinco millones de pesos á su muerte.

D. Carlos heredó la corona de España en su reino de Nápoles, excelentemente administrado por el hábil Tannucci, y como su primer hijo era un idiota, dejó el reino á su tercer hijo Fernando, bajo la tutela del mencionado ministro, y se trajo á España á su segundo hijo, á Carlos, ya príncipe de Asturias. El reino lloró á su buen rey Borbón. Carlos III era un hombre honrado á carta cabal, modelo de esposos y padres, profundamente cristiano, pero imbuído de ideas regalistas, por Tannucci, sobre todo, y resuelto, por la dignidad de su función suprema, á no compartir con nadie, ni con la Iglesia, su poder de monarca de derecho divino; Carlos no era como Federico II ó José II, sus con-em poráneos, un déspota ilustrado, no; para ello le faltaba la instruc-

ción y el talento que tenían los otros; su despotismo era patriarcal y religioso, y por lo mismo intolerante con las pretensiones del poder eclesiástico, y saturado de orgullo borbónico. Este orgullo, herido por los ingleses durante las guerras anteriores, lo instigó á realizar un plan de alianza doméstica entre todos los Borbones; esta alianza tan censurada, y en la que España hizo efectivamente el papel de víctima, respondía á una necesidad positiva para un poder colonial, la de impedir que Inglaterra, destruyendo la marina francesa, quedase única dueña y legisladora del mar; esto habría equivalido á una suerte de vasallaje para España. Llamóse el tratado, obra de Choiseul, *el Pacto de Familia* (1761); de él nació la guerra entre España é Inglaterra, que ya había arrebatado sus colonias á Francia en la India y en la América, y que trajo á España un fracaso en Portugal (en donde bajo los auspicios de Inglaterra se encendió una verdadera guerra nacional contra los invasores españoles) y la toma de la Habana y de Manila que causaron en Madrid la mayor consternación. El tratado de París puso fin á esta desastrosa guerra en 1763. Por ella perdió España la Florida; verdad es que, en cambio, recibió de los franceses la parte de Luisiana no cedida á los ingleses, y en donde los gobernadores españoles fueron acogidos con profunda antipatía.

La causa principal de las reclamaciones de España contra Inglaterra eran el establecimiento de corte de palo de Campeche que entre las costas de Honduras y Yucatán habían fundado los ingleses en pleno territorio español. Nacidos de la piratería, en la segunda mitad del siglo XVII, sostenidos por el inmenso foco de pillage marítimo y colonial establecido en Jamaica desde los tiempos de Cromwell, los establecimientos de filibusteros estaban destinados á desaparecer, menos el fundado por Wallace en la región que hoy los yucatecos llaman Belice. Muchos fueron los esfuerzos hechos durante el siglo XVIII para exterminar este centro de correrías piráticas y de corte, en vedado, de palo de Campeche. Un capitán general de Yucatán, el mariscal Figueroa, lo logró y no dejó piedra sobre piedra en la colonia clandestina; mas pronto tornó á formarse, y á pesar de las reclamaciones de España, siempre los ingleses pretendieron que se les reconocieran ciertos derechos; cuando el tratado de Utrecht no lo lograron; en el de París, en 1763, sí se les concedió un permiso indirecto de establecerse y cortar, pero reconociendo la soberanía de España y con la obligación de destruir sus fuertes (v. *Sierra*. Ojeada sobre Belice y *Ancona*, que

en su notable "Historia de Yucatán" analiza y suele disentir con justicia, en mi concepto, de las afirmaciones de mi padre).

Carlos III puso su confianza en ministros italianos como Grimaldi y Esquilache (Squillace). Este último era bien intencionado, y en el plan de reformas de su soberano, reformas que traían sumamente inquietos á muchos individuos de las clases que habían dominado en el país (el clero y la nobleza), se había encargado de la hacienda y de transformar despóticamente los hábitos sociales; entonces el pueblo, profundamente miserable por la falta de cosechas y el recargo de tributos, se sublevó en Madrid, cuando el ministro abolió el uso de las capas y los sombreros, que eran una especie de impenetrable disfraz (1766). La multitud se adueñó de la ciudad, humilló al rey y obligó á partir al italiano. Carlos quedó profundamente lastimado y receloso; el partido reformista, ansioso de desarmar á su gran enemigo, la Iglesia, en su mejor agente, la Compañía de Jesús, que había llegado al apogeo del poder en el siglo XVIII, determinó al rey á imitar lo que Pombal en Portugal y Choiseul en Francia habían hecho ya: expulsar á los jesuitas. El rey, secundado por buena parte del clero español, encomendó esta obra á Aranda, Campomanes, Roda, Azara y Moñino (después Florida Blanca). A un tiempo en todos los dominios españoles se cumplió el decreto terrible (1767); como todas estas medidas estaban fundadas en la razón de Estado, infinidad de inocentes sufrieron y con evangélica y unánime resignación en este caso. Del motín de Madrid es seguro que la Compañía no tenía culpa, y sin embargo, ese era el motivo citado en la pragmática, y otros reservados en el real ánimo, y se ha hablado de cierta carta supuesta en que el general de los jesuitas, Ricci, infamaba el origen del rey; ¿quién sabe? Lo cierto es que por millares abordaron las costas italianas aquellos desterrados; que el Papa puso el grito en el cielo contra aquella iniquidad, pero les impidió desembarcar, á cañonazos casi; los admitió por fin, y en Prusia y Rusia encontraron asilo, aun después de suprimida la Compañía. Fué, no hay duda, una inmensa fortuna para la Revolución, cuyas primeras ráfagas soplaban ya, que los monarcas absolutos católicos se hubiesen encargado de suprimir la barrera que mejor podía oponerse á la difusión de las ideas nuevas, porque la Compañía era el más admirable organismo de conservación que el catolicismo había producido; pero ya era un poder, que por su prestigio, su riqueza fabulosa y su ambición política (había llegado á fundar un